

DESHACIENDO EL NUDO DEL GÉNERO Y LA VIOLENCIA ¹

Blanca Elisa Cabral V. y Carmen Teresa García R.

CABRAL V., B. E. Psicóloga Clínica y Sexóloga. Actualmente Profesora e Investigadora del Área de Estudios de Género y Sexualidad de la Universidad de Los Andes. Mérida, Venezuela. Telefax: 58-274-2401851 Telf.: 274-2621227.

Correo Electrónico: blancaelisa7@cantv.net

GARCÍA R., C. T. Socióloga. Profesora e Investigadora del Área de Estudios de Género y Sexualidad de la Universidad de Los Andes. Mérida, Venezuela. Telefax: 58-274-2632966 - 2403960 - 2401851.

Correo Electrónico: ctgarcia@ula.ve

Contenido

- [Resumen/Abstract](#)
- [Palabras Claves/Key Words](#)
- [La Red Sexo/Género](#)
- [El sexo deviene género](#)
- [De cómo llegamos a ser hombres y mujeres entretejidos a la socialización diferencial](#)
- [Hombres y mujeres bajo el marcaje simbólico de las diferencias de género](#)
- [De los nudos del género a la violencia](#)
- [Deshaciendo el nudo del género y la violencia](#)
- [Referencias Bibliohemerográficas](#)

Resumen

La violencia doméstica y sexual es un problema multidimensional complejo, que entre otras importantes variables implicadas, se ha ido construyendo socioculturalmente a través de un aprendizaje social enraizado a una lógica de desigualdad de género que reproduce la violencia jerárquica de poder.

A partir de una reflexión crítica de los paradigmas tradicionales fijados a la masculinidad y feminidad, en este trabajo le damos un peso específico al nudo sociosimbólico que se forma entre el género y la violencia. Abordamos esta problemática desde la psicología social y la sociología, sustentada metodológicamente en una primera muestra de datos de la violencia en el espacio público y doméstico, en el Estado Mérida. Venezuela (1990 - 1997) y finalmente presentamos una propuesta deconstructiva de los mecanismos sexistas de socialización / educación - deshaciendo el nudo de la violencia de género -, la cual pasa por democratizar los múltiples espacios sociales, e incluso redimensionar el

¹ Este artículo constituye un avance del Proyecto de Investigación titulado Violencia de Género en la Región Andina y que cuenta con el apoyo financiero del CDCHT, código H-572-99.

espacio doméstico como coartada para gestar otras posibilidades de socialización y cambio en las simbolizaciones y en los patrones de crianza.

Palabras Claves

Género, violencia doméstica y sexual, socialización diferencial, representaciones sociosimbólicas.

UNDOING THE KNOT BETWEEN GENDER CONSCIOUSNESS AND VIOLENCE

Abstract

Sexual and domestic violence is a complex multidimensional problem which among other salient variables implied has a socio-cultural structure based on the principle of sexual inequality which reproduces violence within hierarchical power structures. After critical reflection upon traditional paradigms in respect to masculinity and femininity, in this paper we give a specific weight to the socio-symbolic knot which ties gender difference with violence. We confront this problem from a socio-psychological, as well as a purely sociological point of view methodologically sustained by initial data analysis from public and domestic violence statistics from the state of Merida in Venezuela from 1990-1997. We conclude with a destructural proposition for the sexist mechanisms extant in society and education with the aim of undoing the gender-violence knot, and also so that multiple social spaces within these parameters may be democratized. We also propose a re-dimensioning of domestic space in order to delineate new social possibilities as well as reform of imagery and symbolization in pre-primary and primary education.

Key Words

Gender, domestic and sexual violence, social difference, socio-symbolic imagery.

La Red Sexo/Género



Cada quien pertenece a uno u otro sexo en el que somos clasificados y divididos según las diferencias sexuales en varones y mujeres. Este es un hecho biológico que define un sistema de creencias, expectativas, valores, prácticas y comportamientos psicosociales acerca de lo que debe o no debe corresponder al sexo masculino y al femenino.

Ser varón y mujer en el mundo significa coexistir tensionalmente *dentro de una*

compleja red sexo/género² establecida socialmente sobre la base de las diferencias sexuales:

- Como varones y mujeres somos asignados a un sexo u otro de acuerdo a la condición biológica que nos diferencia, entendiendo por sexo,

“... los agrupamientos de los humanos en las categorías - varones y mujeres - siendo así que dicho agrupamiento tiene su fundamento en la diferenciación biológica” (Eagly, 1987:45).

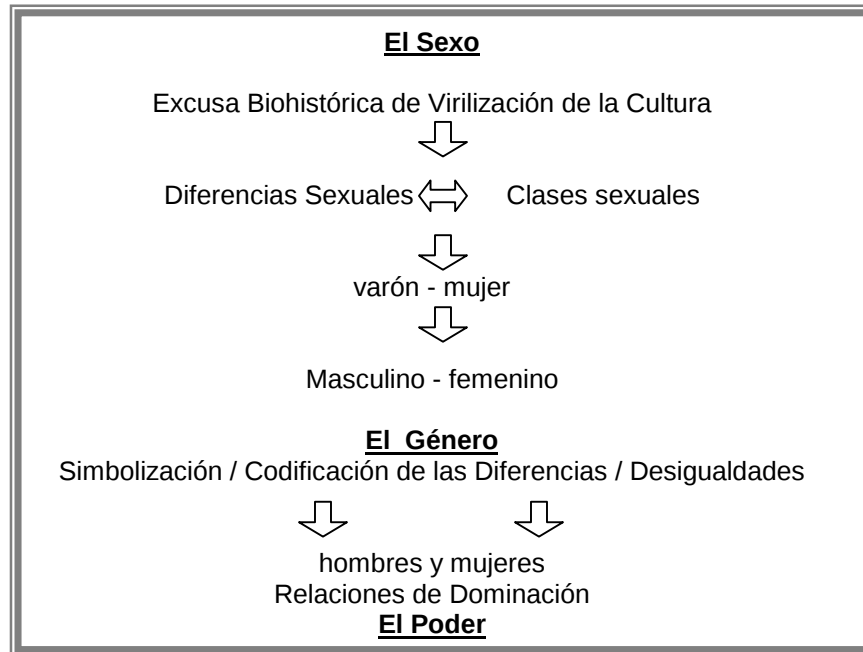
- A partir de la condición sexuada se asigna *la diferenciación del género* en masculino y femenino, convirtiéndose el género, en uno de los ejes organizadores de las relaciones sociales, entendiendo por género, la atribución y transformación sociosimbólica de las diferencias sexuales, trastocadas en relaciones sociales desiguales y asimétricas de poder entre los hombres y las mujeres según el contexto histórico social y cultural dominante.

“En cada cultura, la diferencia sexual es la constante alrededor de la cual se organiza la sociedad. La oposición binaria hombre/mujer, clave en la trama de los procesos de significación, instaura una simbolización de todos los aspectos de la vida: el género. Esta simbolización cultural de la diferencia anatómica toma forma en un conjunto de prácticas, ideas, discursos y representaciones sociales que dan atribuciones a la conducta objetiva y subjetiva de las personas en función de su sexo” (Lamas, M,1995:62).

Pareciera entonces que, *el hecho biológico* de las diferencias sexuales en los cuerpos sexuados del varón y la mujer se convierte en la mayor *excusa biohistórica* de virilización de la cultura para *dividir* a los seres humanos en *dos clases sexuales* bien diferenciadas: *varón y mujer*; quienes son escindidos en dos géneros socialmente contruidos: masculino – femenino, a partir de cuyas diferencias se establece -en coherencia con *el orden del discurso social dominante*- profundas desigualdades e injusticias sociales entre los hombres y las mujeres, cuyo devenir sociocultural delata una *historia de relaciones de dominación* a la que subyace una *lógica de Poder* que es androcéntrica, patriarcal y sexista (Cabral,1997).

La noción determinista del sexo ha *biologizado* los comportamientos dentro de una visión esencialista de principios universales, absolutos e inmutables acerca de “la naturaleza” de la mujer en su condición del “eterno femenino” y “la naturaleza” del hombre en su condición de atributos masculinos; Llevando también a una *medicalización del sexo* (expresada en las nociones clásicas que se tienen acerca de lo que es considerado enfermedad, desviación, normal o anormal etc.) *legitimada* en la institucionalización de los saberes científicos (en la medicina, psiquiatría, psicoanálisis, psicología, sociología, educación, etc.).

² A fin de avanzar en el análisis de la complejidad de ambas categorías, es importante distinguir los términos del par sexo / género cuya evolución conceptual explicativa se ha identificado y confundido en las diferentes corrientes teóricas.



Esta concepción ha resultado insuficiente y reduccionista para dar cuenta de la complejidad del sexo biológico y de su construcción social en sus múltiples interdependencias y codeterminaciones por las que atraviesa el sexo biológico, que ha sido identificado según la variedad de sus funciones como: sexo genético, sexo gonadal, sexo hormonal, sexo cerebral, sexo morfoanatómico (referido a los genitales externos e internos), dimorfismo sexual, orientación y preferencias sexuales etc. (Katchadourian, H. comp. 1983) lo que significa que el sexo, considerado *per se* una condición biológica inmutable, es susceptible de cambios y modificaciones, combinaciones, desequilibrios, "anormalidades" y variaciones..., contingentes de ocurrir durante el proceso de sexuación (Money, y Ehrahd, 1972), mediante el cual se forman y diferencian sexualmente los varones y las mujeres, y en el que interactúan componentes biofisiológicos, vivencias y expresiones psicológicas (como la identidad sexual, por ejemplo) y las influencias sociales.

La complejización del sistema sexo/género permite entender, según Fernández, J. (1996 : 37) que,

"...el sexo ciertamente hunde sus raíces en lo "biológico" (modificable) a la par que muestra una evolución psicosocial (modificable), resultando como producto un sujeto necesariamente sexuado que ha de desarrollar (aprendiendo) su naturaleza biopsicosocial... Así pues, las dos realidades del sexo y del género son susceptibles de modificaciones y, para ambos, lo biológico y lo social se muestran en permanente y continua interacción".

El sexo deviene género

¿Será varón o “hembra”? es la típica pregunta que hacemos ante el nacimiento de un ser humano, cuyo tierno cuerpecito anudamos de rosado o de azul, con todo un atado de provisiones psicológicas y socioculturales que condicionarán su vida a través de un proceso de socialización diferencial bajo la excusa de las diferencias sexuales.

Cuando nacemos varón o mujer, nos encontramos en una familia, en una comunidad o en un país determinado, pero sobre todo, nos vemos inmersos en el tejido social de prácticas y relaciones humanas, que para funcionar bajo esquemas coherentes de organización social, ha construido creencias, normas, costumbres, valores, expectativas, roles, leyes y modos de pensar, sentir y actuar que toda persona tiene que aprender haciéndolas suyas y, en esa medida, deviene ser social. Así, la persona se va asimilando a una cultura que al integrarla a su personalidad, le permite adaptarse al entorno sociocultural. Estos son procesos de orden cultural, psicológico y social que van conformando nuestra experiencia de vida e identidad de género, muy difícil de soslayar dentro de la red sexo/género anudada al imperativo social en la conformación individual y colectiva del ser humano.

El sexo es, pues, el referente básico para establecer las diferencias sexuales; de modo que el sexo deviene género en un proceso de construcción sociosimbólico constitutivo de la organización de las relaciones sociales en general, con el mismo status de etnia, clase social, edad, generación etc., y está fundamentado principalmente, en la socialización diferencial; el género es, pues, el referente primario a partir del cual se define y evalúa a la mujer y al varón.

Mientras el sexo es la expresión fundante de las diferencias sexuales, el género deviene en el ejercicio de un diferencial de poder vertebrado a las relaciones sociales. Llevamos, por tanto, la impronta de una estructura jerárquica de relaciones de dominación que interviene desde el interior mismo de nuestro proceso de desarrollo cognitivo/afectivo y conductual en la construcción de la masculinidad y la feminidad.

De cómo llegamos a ser hombres y mujeres entretejidos a la socialización diferencial

El proceso de aprendizaje social no es igual para niños y niñas, pues, valores, expectativas y roles son distintos y transmitidos de forma diferencial según el sexo de asignación y pertenencia y, por supuesto, hombres y mujeres interiorizan mensajes y representaciones sociales diferentes que los acaban convirtiendo en personas con dos cosmovisiones del mundo, que a la larga, los va distanciando en dos subculturas que se oponen y, conflictúan la relación hombre/mujer marcada por profundas desigualdades sociales.

Entonces, *¿qué significa ser varón en nuestra sociedad venezolana?*

En una sociedad de clases, de estructura patriarcal judeo-cristiana e hispánica, mestizaje cultural, residuos rurales, desarraigo, marginalidad y desorden urbano, de hombres y mujeres que viven deprimidos y agitados entre el hogar y el trabajo, en un país que se debate



entre la modernidad y la tradición aun anclada en mentalidades, representaciones, creencias, actitudes y conductas que aún nos distancian y separan, en una cultura de estructura familiar fundamentalmente matricentrada (la madre como núcleo de la familia, ausencia del padre biológico o en general, poca relación y pobre vínculo afectivo con el padre biológico, presencia de diferentes figuras de padre, sustitutos o padrastros) con todo el bagaje psicosocial y económico que implica para la mujer haciendo de madre y padre (mujeres solas, separadas, madres solteras, divorciadas y abandonadas) y para los hijos/as que crecen en medio de familias fragmentadas. Realidad muy bien investigada por Moreno, A, (1997:34) en sus estudios sobre la familia venezolana, quién afirma que,

“Sea cual sea el punto del que partamos, una historia de vida, la experiencia directa, un producto cualquiera de la cultura popular, llegamos invariablemente -y el camino no es largo-a la madre como fuente de raíz del sentido. La experiencia primera, radical y permanente del venezolano se produce y estructura en esta relación -relación-nudo-de relaciones-que es la familia matricentrada”.

En este contexto de relación hombre/mujer, donde el proceso de socialización diferencial tipificado es transmitido y/o reproducido por la familia, la escuela, los grupos de pares, los medios masivos de comunicación, las iglesias, la comunidad etc., donde llevamos aún, el peso cultural de tradiciones, costumbres, creencias, mitos, normas, pero también la introducción de valores foráneos fomentados por los medios; ser varón significa (en términos generales y sujeto a variables individuales y experiencias de vida particulares):

Someterse a una educación de carácter sexista y estar fijado a modelos de masculinidad contruidos como referentes, para asignarle rasgos de personalidad, atribuirle estereotipos sexuales, actitudes, valores, sentimientos, emociones y pautas de comportamiento que le demandan ser: fuerte, inteligente, activo, productivo, independiente, seguro, competitivo; le exigen responder agresivamente (tanto en sentido positivo como negativo), a entrenarse en actividades como luchar, ganar, atacar, mirar, tocar, conquistar, vencer, dominar, controlar; a expresar su sexualidad vinculada, por lo general al machismo; a estar motivado hacia el logro, el éxito; a tomar decisiones; a orientarse hacia la vida pública y la realización social; a ser proveedor, protector, servido, obedecido, a detentar el poder, la fuerza y la violencia.

No es de extrañar entonces, que dentro de esta construcción de estereotipos y roles asignados e impuestos por la sociocultura dominante, se anide una de las manifestaciones paradigmáticas de la masculinidad en América Latina: *el machismo*, como señala Norma Fuller (1997:36) citando a Stevens (1973):

“... el machismo se origina en las antiguas culturas del viejo mundo, pero el síndrome completamente desarrollado aparece solo en Latinoamérica”.

El machismo es una exageración de los rasgos y características atribuidos al varón en su condición sexual de macho, lo que le otorga el privilegio de ejercer fuerza, poder, control y dominio sobre la mujer, e incluso tomar decisiones por ella y sobre ella, sobre su cuerpo, su sexualidad, sus actividades y tiempo, coartando su libertad y autonomía. El machismo se expresa en el deseo y necesidad de afirmarse constantemente como hombre ante los demás hombres y ante las mujeres, probar la hombría y su virilidad en el deseo de posesión de la mujer a título de objeto y en el ejercicio frecuente de su

sexualidad, ostentando con orgullo sus infidelidades y número(s) de vástagos producto de sus encuentros sexuales, sin que necesariamente haya compromiso afectivo y responsabilidad y, en muchos casos, "... sin asumir su rol de jefe de familia y padre proveedor..." (Fuller,1997:37)

Si bien la violencia es una expresión evidente y extrema del machismo, consideramos importante tomar en cuenta el punto de vista de Monzón, A. (1988), quién sostiene, que una serie de actitudes sutiles que subordinan y relegan a las mujeres a un segundo plano y que son también generadas por esa sobrevaloración de lo masculino frente a la marginación de lo femenino, le ocasionan a la mujer un gran daño, convirtiéndose, como diría Bourdieu, en una forma de violencia simbólica.

En este contexto sociocultural construido como escena de un proceso de socialización diferencial tipificado, *¿qué significa ser mujer en nuestra sociedad venezolana?* En una sociedad de clase, de estructura patriarcal, entre relaciones de dominación, falocéntrica y sexista.

Ser mujer significa (sujeta a variables individuales y colectivas, así como a experiencias de vida particulares), someterse a una educación de carácter sexista y estar fijada a modelos de feminidad construidos como referentes, para asignarle rasgos de personalidad, atribuirle estereotipos sexuales, actitudes, valores, sentimientos, emociones y pautas de comportamiento que *le demandan* ser: bella, tierna, coqueta, seductora, sumisa, pasiva, obediente, receptiva, tolerante, paciente; *le inducen* a mostrar (se), postergar (se) sacrificarse, dejarse conquistar, ayudar, servir; *a orientarse* hacia la intimidad, a construir su vida en el espacio privado y doméstico, *a responsabilizarse* de la crianza de los hijos, muchas veces *a limitar* su proyecto de vida y realización personal centrándose exclusivamente en la familia y el hogar...

Este escenario simbólico/cultural es el contexto donde fecunda la construcción de la feminidad en torno a ejes de "servidumbre voluntaria", entrega desinteresada a los otros, "dependencia vital" de los otros, no sólo en lo económico y social, sino también en el ámbito afectivo/emocional y sexual en el que anida ese sentimiento de desesperanza aprendida y el sentirse dueña de la culpa cuando se atreve a salirse de los moldes culturales aprendidos y a romper con los modelos tradicionales cuasi sagrados, naturalizados y biologizados, considerados inherentes a su condición de género.

Los modelos estereotipados de lo masculino/femenino que circulan de modo explícito o encubierto, asumidos voluntaria e involuntariamente, conscientes o inconscientemente por varones y mujeres, *son resistentes al cambio* por su arraigo en mitos, creencias, tradiciones, costumbres, actitudes, sentimientos y valores fijados, mentalizados y cristalizados en nuestras más íntimas cogniciones y experiencias de vida. Son modelos y esquemas de vida generadores de frustraciones, conflictos y fracasos, como afirma Poal Marcet, G (1993) a nivel social producen insatisfacción, porque no socializan en base a virtudes, defectos personales y limitaciones sino en base al sexo con que le tocó nacer, no logra los objetivos ni en hombres ni en mujeres, resultan obsoletos y poco adaptativos al encasillar a las personas y acostumarlas a pensar, sentir y actuar parcial y fragmentariamente. Pareciera entonces que,

“Sobre la contundente realidad de la diferencia sexual se construye el género en un doble movimiento: como una especie de “filtro” cultural con el que interpretamos el mundo, y también como una especie de armadura con la que constreñimos nuestra vida” (Lamas, 1995: 62).

Hombres y mujeres bajo el marcaje simbólico de las diferencias de género

Vivir dentro de la red sexo/género significa entonces, construir identidades bajo el marcaje sociosimbólico de las diferencias de género que nos escinden en polaridades opuestas y/o “complementarias” de lo masculino y lo femenino entretejidas al acontecer sociohistórico, a las relaciones sociales, a la experiencia de vida, a las relaciones entre los sexos y, a nuestras intersubjetividades, y ello tiene que ver, en lo fundamental, con una lógica de género que implica:

- Anclaje de la cultura en una estructura de tradición patriarcal
- Aprendizaje de pautas socioculturales transmitidas por un proceso de socialización diferencial según los sexos
- Internalización de un conjunto de representaciones sociosimbólicas tipificado
- Circulación del discurso social de las diferencias sexuales cristalizadas en desigualdades sociales
- Reproducción de la ideología de la dominación de género
- Mantenimiento de las relaciones asimétricas de poder
- Ubicación de un espacio público (preferiblemente detentado por el hombre) y de un espacio privado (preferiblemente asignado para la mujer)
- Dominación y supremacía masculina frente a la marginación y subordinación femenina
- Transmisión de patrones culturales sexistas desde la familia, la escuela, los pares, los medios de comunicación masiva, la iglesia, etc.
- Asignación de estereotipos sexuales
- Reproducción de una doble moral sexual
- Expresión del machismo como forma usual de relación
- Manifestación del sexismo como práctica predominante de desigualdad de género
- Expresión de diferentes formas de maltrato y violencia masculina contra las mujeres



Aún cuando está lógica de género atraviesa las relaciones y prácticas sociales en la vida cotidiana de los hombres y las mujeres, también reconocemos que el proceso de internalización, conformación y expresión de la identidad de género, no es una experiencia uniforme ni homogénea vivida por todos los hombres y por todas las mujeres. *Se es hombre o mujer de muchas y diferentes maneras* y ser hombre y ser mujer en nuestros países, no tiene la misma significación ni es compartida de la misma manera, aun desde el imaginario colectivo y la pertenencia a un determinado pueblo, una región, cultura, religión o comunidad ; reconocemos una multiplicidad de variables implicadas (ya señaladas anteriormente, como la etnia, el status económico, la clase social, la edad, la generación, los modos de vida, e incluso variables individuales, diversos estilos cognitivos, modos de asimilación, internalización y experiencias etc.) que junto a las diferencias sexuales, le imprimen significados diversos a la compleja experiencia que significa el ser hombre y ser mujer.

Además, siempre nos queda ese resquicio de libertad y autonomía en nuestras diferencias individuales, en nuestras intersubjetividades, en la capacidad de relación creativa con la vida para generar diferentes interpretaciones del mundo que nos rodea, en la forma particular de ser/sentir/pensar/hacer, actuar y relacionarnos; En los modos de decodificar/asimilar lo transmitido, de des-montar el escenario y des-cubrir el cuento(s) que nos han contado.

Incluso, es en la experiencia de vivir entre tensiones, conflictos, contradicciones y en situaciones de desequilibrios de poder, de desigualdad e injusticia social, donde fecundan los espacios de reflexión y rebelión - caldo de cultivo - para la crítica, el cuestionamiento, la confrontación, la disidencia, la subversión, la trasgresión, la ruptura y la posibilidad de deconstrucción, arqueología y transformación de la cultura dominante. Recordemos a Michel Foucault, cuando nos dice, que donde existe el poder hay resistencia y, esa resistencia movilizadora por los grupos feministas, las luchas y propuestas de las mujeres, las minorías sociales, étnicas, sexuales etc., y jalonada por los mismos cambios científico-técnicos y económico-sociales en el acontecer de nuestro tiempo, revela las posibilidades de subversión y cambio del orden dominante, así como la significación de las intersubjetividades, la construcción de las identidades de modo diferente y autónomo y, la esperanza de otras formas de vida más ecológica y equitativa.

A las diferencias/desigualdades de género, subyace la división del mundo que tiende un puente de encuentros y desencuentros entre hombres y mujeres, construido sobre las bases de la visión fragmentaria que todo lo divide y opone como formas de representación y reorganización cognitiva del mundo, de la naturaleza, del ser humano, del conocimiento; se trata como ha señalado P. Bourdieu (1980) de,

“... la di - visión del mundo, basada en referencias a las “diferencias biológicas y sobre todo a las que se refieren a la división del trabajo de procreación y reproducción” actúa como la “mejor fundada de las ilusiones colectivas”. Establecidos como conjunto objetivo de referencias, los conceptos de género estructuran la percepción y la organización concreta y simbólica de toda la vida social”.

De los nudos del género a la violencia

Al ir recogiendo la madeja de la intrincada red que envuelve las relaciones entre los sexos, vemos que el género como categoría de análisis crítico, permite ubicar el problema de la violencia de género en el debate teórico de las ciencias sociales, ir destejendo la complejidad sexo/género en su vinculación con la violencia y su ubicación en la estructura posicional de la sociedad en su relación con el poder y brinda algunas pistas para acceder a la trama de su simbolización cultural en el imaginario de los hombres y las mujeres y avistar posibilidades de transformación. Además, como bien lo ha señalado Corsi. J. (1997)

“Comprender la vinculación entre identidad de género masculino y violencia doméstica resulta ineludible, ya que permite enriquecer la conceptualización del fenómeno, a la vez que sugiere objetivos posibles para la intervención terapéutica y para el diseño de estrategias preventivas”.

Si partimos de la premisa de que “La lógica de género es una lógica de poder, de dominación”, como afirma Lamas. M. (1995) citando a Bourdieu, es posible desenhebrar los vínculos entre *género/poder/dominación y violencia*.

“Esta lógica es, según Bourdieu, la forma paradigmática de violencia simbólica, definida por este sociólogo francés como aquella violencia que se ejerce sobre un agente social con su complicidad y consentimiento... la eficacia masculina radica en el hecho de que legitima una relación de dominación al inscribirla en lo biológico, que en sí mismo es una construcción social biologizada”.

Siguiendo a Bourdieu entonces, internalizamos y expresamos una lógica de género inscrita milenariamente en la objetividad de las estructuras sociales y desde muy temprana edad en la subjetividad de las estructuras cognitivas; de allí, su resistencia al cambio, ya que el ejercicio de la violencia simbólica cuenta no sólo con la legitimación de las instituciones sociales sino con “una somatización progresiva de las relaciones de dominación de género” efectuadas por la socialización, con “el consentimiento” de una división del mundo en pares de opuestos (naturaleza y cultura, macho y hembra, hombre y mujer, homosexualidad y heterosexualidad, normal y anormal, etc.) como formas de re/organización y representación cognitiva del mundo. De manera que el problema comienza cuando convertimos estas dualidades en fijaciones conceptuales y estructurales fundantes de forma fragmentaria, parcelada y dicotómica de mirar, relacionarnos, ser y estar en el mundo; como han dicho los semánticos, confundimos el mapa con el territorio, la luna con el dedo que la señala.

La violencia simbólica, tal como la plantea Bourdieu, reafirmado en Lamas (1995 :33-37) se arraiga en la concepción y construcción del poder inscrita en los cuerpos y en las mentes en forma de “habitus”, el cual se refiere al conjunto de relaciones históricas “depositadas” en los cuerpos individuales en la forma de esquemas mentales y corporales de percepción, apreciación y acción, “esquemas que son de género y engendran género” a través de los cuales opera y funciona la socialización diferencial. El concepto de Violencia Simbólica abre una vía teórica que nos permite entender e ir hasta los cimientos mismos de los mecanismos subyacentes de las diferentes caras de la violencia como

cultura dominante dirigida en contra de los otros, lo que implica deconstruir la violencia hacia las mujeres (doméstica y sexual).

La violencia es hoy, una forma de relación tan frecuente y con múltiples expresiones infiltradas de tal manera en el tejido social, que ha terminado por invadir los actos, las relaciones, nuestras prácticas, e incluso, los resquicios más íntimos de la vida cotidiana, formando parte de la expresión agresiva de nuestras emociones (reacciones de rabia, ira, frustración, miedo, ansiedad, conflictos y otra variedad de acciones, complicidades y omisiones). Se trata de una violencia inscrita y modelada en la cultura y en nuestras mentes, de tal manera que se ha ido imponiendo como forma de cultura dominante.

Nuestros niños/as y jóvenes se socializan bajo los dispositivos de una cultura de la violencia que se entreteje desde la más temprana infancia en sus juegos, juguetes, actividades, deportes, relaciones familiares, modelos psicocociales, etc., cuya primera manifestación son los estereotipos y roles sexuales que van construyendo y constituyendo su experiencia de vida.

Dentro de este marco socioestructural y sociosimbólico ubicamos la violencia como uno de los ejes en torno al cual se construye la masculinidad y la feminidad.

Los niños y los hombres viven en situaciones de riesgo, modelamiento y ejercicio de la violencia más que las niñas y las mujeres, pues se le exige constantemente mostrarse como un "hombre de verdad". Que este riesgo se manifieste o no depende en gran medida de las presiones y prácticas concretas del entorno familiar, social y cultural en que se educan.

Myrian Miedzian (1995:222-223) ejemplifica muy acertadamente esta situación de socialización diferencial cuando afirma que:

"...un paseo por los parques o una mirada bajo el árbol de navidad... revelaría que mientras a las niñas se les regala muñecas, casitas, cochecitos de muñecas, que las inicia al mundo de la ternura y vínculos afectivos con los demás... los niños reciben pistolas, "figuras de acción" como GI Joe y violentos juegos de la era espacial que los va convirtiendo en violentos..."

Sostiene también ésta autora, que en las sociedades occidentales hay una correlación histórica y cultural entre masculinidad y violencia. Al respecto señala que los valores de la mística de la masculinidad fomentan la violencia en los varones y cuando crecen los niños socializados dentro de esta tendencia, dependiendo del entorno socioeconómico, encontrarán oportunidades para afirmar su masculinidad, poniendo a prueba su virilidad, vinculándose a pandillas, cometiendo actos delictivos violentos, fugándose o participando en violaciones en grupos. Basta recordar un hecho dramático que ejemplifica tristemente esta situación, nos referimos al caso de dos niños de 11 y 13 años (en Jonesboro, Arkansas. EU.) Quienes asesinaron con pistolas y rifles a sus compañeras y maestra. Según el noticiero de la Cadena Televisiva ABC (marzo 1998) aparentemente las víctimas habían sido "... seleccionadas por su sexo o identidad. No dispararon al azar... En menos de cuatro minutos los niños dispararon 27 veces... "el móvil parece haber sido "una desilusión amorosa". Llama la atención como uno de los niños nació y fue educado en un ambiente de armas y caza (Labi,1998: 4-7).

Corsi, J. (1997) al reseñar investigaciones recientes realizadas en varios países, destaca la identificación con modelos familiares y sociales que define las formas violentas de relación como procedimientos aceptables para la resolución de conflictos:

“En lo que respecta al microsistema, se ha podido comprobar que un alto porcentaje de hombres golpeadores han sido víctimas o testigos de violencia en sus familias de origen.

Si consideramos el macrosistema, podemos decir que estos hombres han incorporado en su proceso de socialización de género, un conjunto de creencias, valores, actitudes que, en su configuración más estereotipada, delimitan la denominada “mística masculina”: restricción emocional, homofobia, modelos de control, poder y competencia, obsesión por los logros y el éxito, etc.”

Sin embargo, el hecho de que muchos hombres lleven vida no violenta, a pesar de que viven en una sociedad que estimula los valores de la “mística de la masculinidad, demuestra que no existe una tendencia natural hacia la violencia. Felizmente no todo hombre encaja en este modelo ni asimila, interioriza o se identifica con los mecanismos o dispositivos socioculturales de la violencia.

Vivimos profundas contradicciones cuando buscamos socializar a los niños/as y jóvenes en conductas aceptables y no violentas, pero se descuidan, olvidan, omiten o transgreden valores fundamentales de una cultura para la vida, la igualdad y la paz, como la solidaridad, cooperación, respeto, sentimiento de compromiso y responsabilidad del bienestar propio y de los otros/as, en cambio, se transmiten valores foráneos que muchas veces ni siquiera encajan en nuestra identidad cultural, e incluso antivalores y se modelan actitudes y conductas violentas o en franca contradicción.

¿Cómo queremos enseñar, esperar y corregir en nuestros niños/as, cuando nosotros/as incurrimos en flagrantes contradicciones?, por ejemplo, le gritamos “... coooño... que no digas groserías! O no le pegues a tu hermanito... y al tiempo le tiramos un zapatazo”; Aspiramos que no consuman drogas pero le modelamos nuestras adicciones y excesos “socialmente aceptados” o los dejamos solos, sin orientación, cariño, afecto y atención horas enteras ante el bombardeo de los medios exhibiendo la escalada promiscua de sexo y violencia, que parece salirse de las pantallas del cine y la televisión ante la mirada fija y deslumbrada de los niños/as y jóvenes; mientras que las niñas y jóvenes se socializan bajo la sombra de los estereotipos y roles sexuales que ven día a día en las novelas o series, con sus imágenes distorsionadas de la mujer, reforzando creencias, mitos, papeles y roles tradicionales, actitudes y conductas representados en los casilleros simbólicos de la heroína en su papel de víctima, de “la otra” en su papel de villana, o de mujer objeto y símbolo sexual..., todo lo cual se aprende por el modelamiento vicario a través de sus héroes, heroínas y protagonistas con los cuales tienden a imitar e identificarse.

Si éste es el contexto que hemos construido como escena, entonces ¿qué estamos haciendo con nuestros niños y jóvenes que se han convertido en seres violentos?.



Por ejemplo, ¿qué está pasando en el apacible estado Mérida, situado entre la hermosa cordillera andina que invita a la tranquilidad, al relax y al descanso, para que se esté convirtiendo en un lugar inseguro y se estén incrementando los hechos de violencia?

Veamos algunos datos cuantitativos reveladores de la violencia,³ por ejemplo, en lo que va de la década del 90 en el estado Mérida, fueron brutalmente asesinadas 40 mujeres por su pareja (esposo, concubino, ex-novios), violadas 86 (niñas, jóvenes y ancianas) y heridas 65 (con diferentes tipos de armas). 98% de estos hechos fueron perpetrados en el hogar, afectando a la mujer, hijos/as y a la familia. Estos son algunos casos de los subregistros existentes de violencia doméstica y sexual, en los cuales llama la atención el drama íntimo con pesada carga emocional y las consecuencias del desajuste psicosocial (miedo, pánico, temor, angustia, inseguridad, baja autoestima, stress, depresión, soledad, aislamiento, abandono) que limita y bloquea el desarrollo y la realización personal de la mujer víctima del impacto emocional que significa vivir bajo violencia en su espacio intrafamiliar.

La violencia doméstica y sexual es un problema social complejo que no podemos simplificarlo, aludiendo a la agresividad innata del varón o a la pasividad de la mujer, ni a patologías de hombres mentalmente perturbados o alcohólicos, que los librarían de toda responsabilidad, intentamos analizarla como un problema social complejo y en consecuencia multidimensional, que se va construyendo, entre otras variables importantes, mediante el aprendizaje de un proceso de socialización diferencial basado en una lógica de desigualdad de género que reproduce la violencia de modelos socioculturales jerárquicos de poder; es decir, se trata de darle peso específico a las diferentes formas en que el género se anuda sociosimbólicamente a la violencia.

Mientras la violencia dirigida en contra de las mujeres es vivida por lo general, en su espacio privado y frecuentemente ejercida por personas conocidas con las cuales pueden tener estrechos vínculos afectivos; la violencia ejercida por y entre los hombres, se recibe y vive frecuentemente en los espacios públicos como en la calle, plazas, bares, etc. (83% de los casos en el estado Mérida).

Ejemplifiquemos con algunos datos de violencia pública hacia los hombres: La violencia callejera en el estado Mérida ha dejado en la década de los 90, 170 hombres asesinados de diferentes edades (con un mayor porcentaje de jóvenes); 322 heridos y en el 99% de los casos el homicida o el agresor fueron otros hombres en su mayoría también jóvenes. Cabe destacar un caso en que la homicida fue una mujer, quien reportó haber matado a su pareja "... porque estaba cansada de ser humillada y maltratada.."

Si relacionamos la agresividad y las diferencias de género con la violencia, nos encontramos con que los estudios científicos no arrojan datos concluyentes que permitan dilucidar el problema, como afirman Hyde y Schuck (1977).

"Quizá, la mayor conclusión que podemos extraer en este momento, y la única que parece concordar mejor con los datos de que disponemos, consiste en que, con respecto a la

³ Los datos que a continuación se presentan fueron extraídos de la prensa regional (Frontera, Correo de Los Andes y Vigilante). El arqueo hemerográfico fue realizado por las estudiantes de Educación mención preescolar de los Semestre A-97 y B-97 y fue procesado por las bachilleres Nahir Monsalve, Josefina Alarcón, (tesistas), Nohelia Araque, Emilia Ramos y Elis Andrade bajo la coordinación de Carmen Teresa García.

agresividad, es probable que las diferencias biológicas entre géneros sean pequeñas, aunque las fuerzas culturales actúen para magnificar considerablemente esas diferencias”.

Ahora bien, si en la realidad social y en la vida cotidiana se manifiesta de modo abierto o encubierto una mayor violencia masculina y en contra de las mujeres, nos preguntamos ¿qué podemos hacer frente a una violencia cuyos mecanismos subyacentes parecieran estar cristalizados tanto en la cultura como en las mentalidades marcadas por el género?.

Nos encontramos frente a un problema difícil de desarraigar o erradicar, si no cambiamos las estructuras socioculturales y sociosimbólicas que sirven de basamento a la socialización diferencial y a la lógica de género.

¿Qué podemos hacer frente a esta realidad que revela, cómo el género anudado en primera instancia a la violencia simbólica (en sus diversas causas, manifestaciones y consecuencias) es un eje en torno al cual se construyen nuestras identidades de género? y, donde hombres y mujeres solo alcanzamos a asumir responsabilidades fragmentarias y parciales de nuestras vidas. Si vamos aclarando la problemática desde sus raíces sociosimbólicas es posible ir desatando los nudos que nos oprimen y así avistar algunas posibles salidas que pasan por deshacer el nudo sociosimbólico del género y la violencia.

Deshaciendo el nudo del género y la violencia

Si el proceso de socialización diferencial atado al género ha contribuido a generar y/o mantener esta realidad social, obviamente tendríamos que movilizar los espacios de reflexión crítica y cuestionamiento de las estructuras socioculturales dominantes a las que subyace el poder y remover desde sus cimientos sociosimbólicos las representaciones cognitivo/afectivas (mentalizaciones cristalizadas) lo que tiene que pasar por un proceso de deconstrucción de los paradigmas sexistas de masculinidad y feminidad todavía vigentes y fundantes de nuestra manera de ser, estar y relacionarnos en el mundo de la vida, lo que implica ir deshaciendo el nudo del género y la violencia.

Esto significa una revisión de nuestra “di-visión” del mundo y de nuestra manera de concebirnos a nosotros/as mismos/as; es decir, arqueologizar a la manera foucaltiana, los cimientos de nuestras propias cogniciones, “habitus” y hábitos de pensamiento, esquemas, creencias, valores, expectativas, rasgos, atributos y características acerca de lo que “debe” o no asignarse, atribuirse, imponerse por el hecho de ser varón o mujer.

Esta revisión desmitificaría un estado de cosas que parecían absolutas, “naturales”, universales, inherentes, esenciales y ancladas a la “condición” masculina y femenina; lo cual supone un cuestionamiento profundo y sin complacencias e impone la necesidad de movilizar verdaderos cambios y confrontaciones que repercuten en crisis necesarias (como la que actualmente vivimos hombres y mujeres en nuestras identidades y formas de relación) para activar las transformaciones también necesarias.

Significa ¡Despertarnos!, deconstruir(nos) reconstruir(nos), resocializar(nos)..., a partir del hecho de ser personas, personas con derechos, compromisos, responsabilidades consigo

mismo/a, con los otros/as y corresponsabilidades en los diferentes ámbitos de la experiencia de vida pública y privada.

“...solo cuando se disuelva la determinación del ser por el género, podrán existir posibilidades para que seamos en primer lugar lo que siempre deberíamos haber sido si no hubiéramos comenzado a definirnos primero como hombres o mujeres : simples seres humanos, en toda su grandeza, y en toda su pobreza” (Mires, 1996: 63).

En conclusión, la propuesta que estamos vislumbrando pasa por una educación ecológica de la vida, una socialización sin ataduras que propicie la igualdad en la diferencia, una educación hacia la equidad de género y una cultura para la paz. Proceso difícil y complejo que supone:

- La promoción e implementación de una educación no sexista cuya transmisión de valores y prácticas esté centrada en la persona, por el hecho significativo de ser persona en equidad de género, en igualdad social y en corresponsabilidad (Urruzola 1994) consigo mismo/a y con los/as otros/as como colectivo, una educación orientada hacia el desarrollo de un sentido de pertenencia, identidad, solidaridad, amor y empatía.
- Una reflexión crítica que cuestione y socave los paradigmas tradicionales fijados a la masculinidad y feminidad, arraigados en las prácticas sociales, en las relaciones entre los sexos, en la mentalidades y en la cultura y, que solo han dejado insatisfacciones y frustraciones, *limitando tanto a hombres* (restándole posibilidades para desenvolverse en el espacio doméstico, negándoles el derecho a la ternura, como ha reconocido el autor colombiano Luis Carlos Restrepo (1997) *como a mujeres* (restándole posibilidades para desenvolverse en el espacio público, negándoles el derecho a vivir y expresarse en todas sus potencialidades y capacidades).
- Democratización de los múltiples espacios e incluso, usar el espacio doméstico como coartada para gestar otras posibilidades de socialización, deshaciendo los nudos de las simbolizaciones y los patrones de crianza desde el mismo seno de la familia.
- Un proceso de deconstrucción que desmonte el discurso social y la práctica sexista de nuestras propias mentes y de las instituciones socializadoras, desde la familia hasta el Estado, pasando por la escuela, medios de comunicación social, ciencia, saberes, leyes y fundamentalmente, ¿porqué no? desactivar el poder y la racionalidad fundante de las relaciones de dominación.
- Movilización nacional para la instrumentación y aplicación de la Ley sobre la Violencia contra la Mujer y la Familia (promulgada en septiembre 1998 y vigente desde 1/1/99). Hasta esta fecha Venezuela era uno de los países de la región andina que no contaba con un instrumento legal que amparara a la mujer víctima frecuente de maltrato en el hogar, en los centros de estudio y de trabajo, en los medios de comunicación, en las instituciones políticas y de seguridad del Estado, de modo que la violencia ahora al descubierto, con esta ley, se denuncie y salga del ocultamiento y la impunidad.

- Repensar/redefinir/reorientar/retransmitir/reorganizar... los procesos de socialización, orientándolos hacia la vida, la equidad, la igualdad, la paz y el desarrollo pleno de las posibilidades y capacidades creativas de los seres humanos.

En fin, afirmamos y respetamos la diferencias, pero nos reconocemos, como ha dicho Alda Facio (1992) "igualmente diferentes", diferentes biológicamente e igualmente capaces, creativas/os, responsables y personas con derechos.

Aunque no lo percibamos claramente, sentimos que algo importante y subversivo está pasando en el acontecer de estos tiempos posmodernos, queramos o no, las mujeres estamos siendo protagonistas de uno de los movimientos sociohistóricos más significativos desde hace mucho tiempo, aunque Fernando Mires la incluya en su libro como "La revolución que nadie soñó, nosotras las mujeres, mientras tejíamos y destejíamos el manto de Penélope en espera de una revolución que ya habíamos comenzado a imaginar, sentir y soñar.

Referencias Bibliohemerográficas

- ARANGO. L., León. M. y Viveros. M. (1995) Género e Identidad. Bogotá. Edic. UNIANDES.
- CABRAL, Blanca E. (1997) La relación hombre / mujer en Latinoamérica. Ciclo de conferencias dictadas en el Zentrum für Individual-und Sozialtherapie c. V. München. Alemania.
- CORSI, Jorge. (1997) Identidad Masculina y Violencia Doméstica. Caracas. Revista AVEPSO. N° Especial julio.
- EAGLY, A. H. (1987) Sex differences in social behavior: A social role interpretation, Hillsdale, LEA.
- FACIO, Alda. (1992) Cuando el género suena cambios trae. Mérida, Edic. Gaia/AEM-ULA.
- FERNANDEZ, Juan. (1996) Varones y Mujeres. Madrid, Edic. Pirámide.
- FULLER, Norma. (1997) Identidades Masculinas. Lima, Edic. PUC.
- HYDE, Janet Sh. (1995) Psicología de la Mujer. Madrid, Edic. Morata.
- KATCHADOURIAN, Herant. (1983) La sexualidad humana. México, Fondo de Cultura Económica.
- LABI, Nadya. (1998) Revista Time del Nacional. Vol. I N° 2. Caracas.
- LAMAS, Marta. (1995) Usos, Dificultades y Posibilidades de la Categoría Género. Revista La Ventana. N° I.



- MIEDZIAN, Myriam. (1995) Chicos son, hombres serán. Madrid. Cuadernos Inacabados Nº 17. Edic. Horas y Horas.
- MIRE; Fernando. (1996) La Revolución que nadie soñó. Caracas, Edit. Nueva Sociedad.
- MONEY, J., y EHRHARDT, A. (1972) Desarrollo de la sexualidad humana, Madrid, Edic. Morata.
- MONZON, Ana S. (1988) El machismo. Caracas. En: Nueva Sociedad. Nº 96.
- MORENO, Olmedo A. (1997) ¿Padre y Madre? Cinco estudios sobre la familia venezolana. Caracas. Cuadernos Nuevo Sur. SUDACA. Nº 11.
- POAL, MARCET. G. (1993) Entrar, quedarse, avanzar. Madrid, Siglo XXI Edic.
- URRUZOLA, M^a José. (1994). Educar en corresponsabilidad. País Vasco, EMAKUNDE Edic.
- Diarios: El Vigilante, Frontera y Correo de Los Andes. Mérida 1990 -2000.

**Revista Otras Miradas
Grupo de Investigación en Género y Sexualidad
GIGESX**

Facultad de Humanidades y Educación
Universidad de Los Andes
Mérida-Venezuela

<http://www.saber.ula.ve/gigesex/>
gigesex@ula.ve